

Prólogo de la Primera Edición

Juan Molinar Horcasitas

El lector tiene en sus manos un libro importante. En él se recogen, de manera ordenada y cuidadosa, las contribuciones de María Elena Álvarez de Vicencio a una noble causa: la de la equidad entre hombres y mujeres, que ella ha abrazado desde hace mucho tiempo, como parte inseparable de su compromiso con la defensa y la promoción de la dignidad de la persona humana.

Su análisis, desplegado a lo largo de las últimas décadas, se ha tejido como una cuerda de tres cabos, unidos firmemente por un solo propósito. Los tres cabos que lo conforman son la doctrina, el partido y su experiencia de vida. La finalidad es contribuir a que los hombres y las mujeres del mundo, pero especialmente los mexicanos y las mexicanas, recorramos juntos el camino que nos lleve a la equidad entre nosotros.

El origen doctrinario de la obra de Álvarez de Vicencio es, sin duda, el humanismo que reivindica la dignidad de la persona. Por ello un humanista auténtico no puede omitir la dimensión de género como un aspecto esencial de la marcha civilizatoria.

Pero en el caso de María Elena, esa doctrina no se limita a la expresión clara de una ética de valores universales y abstractos, lo que en sí mismo sería apreciable. Ella ha pasado de la ética abstracta al discurso deontológico, es decir, a la ética de la responsabilidad. Comparte con sus lectores su esmerada brega dedicada a convertir en acciones particulares y concretas los valores universales y abstractos que abraza y divulga. Aquí encontramos que su obra ha sido un permanente tránsito de la teoría a la práctica, siempre apoyada en el estudio y en el partido. Sus palabras tienen matices y ecos que provienen de la exploración seria del saber académico sobre el tema, donde domina claramente la vocación política y la praxis partidista. Esto, lejos de restarles frescura o audacia, les añade profundidad y moderación.

Estos textos invocan, de manera inevitable, la propia experiencia personal, familiar y, sobre todo, política de María Elena Álvarez de Vicencio; pero lo hacen con discreción y elegancia. En la evolución de su pensamiento se mezclan su historia y su circunstancia, únicas e irrepetibles, patrimonio común de su generación de mexicanos.

No sorprende que su vocación política sea, en lo fundamental, el hilo conductor de estos temas. Pone a disposición del lector una espléndida síntesis de las plataformas partidistas, las iniciativas de ley y las acciones político-electorales que sintetizan la contribución de Acción Nacional a la verdadera liberación de la mujer, y a la búsqueda incesante de la equidad entre hombres y mujeres.

Nos recuerda, con su perspectiva y su claridad, que ha sido largo el camino que las mujeres y los hombres del mundo, en especial los de nuestro México, hemos recorrido en busca del superior objetivo de reconocer la igualdad esencial de los seres humanos, apreciando y protegiendo sus diferencias naturales. Resulta particularmente ilustrativa la reproducción de una entrevista radiofónica, realizada en 1960, que muestra a María Elena como la pionera que ha sido en esta ruta.

Sin embargo, ella misma nos advierte que aún más largo es el camino que nos queda por andar. Señala con claridad que sólo avanzaremos a través de la educación rigurosa, pero también generosa, de hombres y mujeres. En esa tarea de divulgadora y educadora, nos proporciona las cifras duras que permiten calibrar el problema, medir sus rezagos y estimar los avances en las diversas áreas clave que requieren transformación: salud, educación, empleo, poder, protección, reconocimiento, solidaridad.

Pero quizá lo más importante es que no nos abruma con la dimensión del trabajo que aún nos queda. Por el contrario, nos alienta porque su obra, en el múltiple sentido de sus escritos, sus palabras y sus actos, nos hace confiar en la posibilidad de que recorramos cada día un tramo más del camino a la equidad. Y nos recuerda que serán las mujeres mexicanas las que marcaran la ruta. Los hombres debemos seguirlas, porque ellas sí saben a dónde ir. La obra de María Elena Álvarez de Vicencio es prueba de ello.